

serán hoy, como han sido en otros tiempos, las razas de las grandes soluciones. El nudo de la cuestión está, como ya otra vez he escrito á V., en la conducta que adopte la Rusia.

BERLÍN, 1.º de Mayo de 1849.

Muy señor mío: El acto de la disolución de la segunda Cámara ha obligado al ministerio á tomar francamente su partido en las graves cuestiones que agitan á la Prusia, á la Alemania y á la Europa. El tiempo de las frases ambiguas, de la marcha vacilante, de la conducta equivocada y contemporizadora, ha pasado para todos: se trata de prepararse á la lucha, que será encarnizada y terrible, y de vencer ó sucumbir en esa lucha de gigantes.

De las tres cuestiones que acabo de mencionar, la más angustiosa y apremiante es la cuestión alemana. El ministerio me parece resuelto á acabar con la Constituyente de Francfort; para llevar á cabo su propósito ha comenzado por pasar una nueva nota á su representante cerca del Vicario del Imperio, en la cual expone una por una las causas que le impiden reconocer la Constitución alemana. Esta nota, considerada en sí misma, nada de nuevo contiene: su importancia nace de haber servido de ocasión á una circular dirigida á todos los representantes de Prusia en los Estados alemanes, en la cual, al acompañarles la nota referida, manifiesta el conde de Arnim que, vista la imposibilidad de ponerse de acuerdo con la Asamblea de Francfort, invita á todos los Príncipes á que autoricen á todos sus representantes cerca de la corte de Prusia, á abrir conferencias en Berlín sobre la reorganización de la Alemania. Esta propuesta, que será aceptada sin ningún género de duda,

se encamina, como V. puede conocer, á sacar la cuestión de las manos de los demagogos, poniéndola en la de los diplomáticos, y á trasladar el supremo arbitraje de la Asamblea Constituyente á los poderes constituidos, de la democracia á los Reyes. El Gobierno no ignora que la Asamblea luchará bravamente antes de sucumbir; y en esta previsión piensa acudir á sus heroicos remedios, como serían el llamamiento de sus diputados, la traslación del Vicario del Imperio á Maguncia ú otro punto seguro; y, por último, la ocupación de Francfort por la fuerza armada. Ninguna de estas providencias está acordada todavía; pero todas ellas son asunto de solemne discusión y de empeñadas deliberaciones.

Por lo que hace á la cuestión prusiana, el Ministerio ha resuelto alterar la ley electoral en un solo punto, que es esencialísimo: por la ley están excluidos del derecho activo y pasivo de elección los que dependan de otro: el Gobierno, haciendo uso de la potestad legislativa que bajo su responsabilidad puede ejercer con arreglo á un artículo de la Constitución, se propone determinar quiénes deben entenderse sujetos á otros, y quiénes deben ser considerados como independientes; á favor de cuya interpretación cree que podrá hacer de manera que no vengán á la Cámara sino personas de responsabilidad y de conocido arraigo.

Por último, en la cuestión europea, el Gobierno me parece resuelto, vista la gravedad de la situación, á pasar del desvío á la amistad, y de la amistad á la alianza con el Austria y con la Rusia. La Rusia por su parte (y de todos los acontecimientos europeos, este me parece el de más trascendental importancia) se inclina visiblemente á abandonar su política expectante, y á intervenir resueltamente en los negocios de Europa, y señaladamente en los alemanes. La Rusia cree que los días de su longanimidad han pasado; que sin faltarse á sí propia no puede resignarse á dejar de ser una Potencia europea para ser solamente una Potencia asiática: y cree que todo esto sucedería si dejara por más tiempo á la revolución correr desbocada

por el mundo. En el momento en que estas líneas escribo, la creo resuelta á intervenir abiertamente, si fuese necesario, en la cuestión entre la Hungría y el Austria; en la cuestión entre la Alemania y la Dinamarca, y, por último, en la cuestión que se ventila entre Francfort y la Prusia. Si mis informes no yerran, la Rusia, una vez resuelta á intervenir, no pone tasa á su intervención, é intervendrá con su último escudo y con su último hombre. Por de pronto, no tendría inconveniente en penetrar en Hungría con ochenta ó cien mil hombres; en el ducado de Posen con cuarenta ó sesenta mil, para que la Prusia pueda disponer de ese mismo número de tropas con que guarnece aquel punto; y en los ducados dinamarqueses con otro ejército igual, si fuese necesario.

Grande sería el error de V., si por ventura llegara á creer que con este alarde de fuerzas la victoria no puede ser dudosa: la victoria será dudosa siempre: el vencimiento no lo sería, si la Rusia no cargara con su inmensa pesadumbre en el platillo de la balanza.

El demagogismo ha penetrado hasta la medula de los huesos de los pueblos alemanes. Todas las Asambleas están en abierta hostilidad con todos los Reyes: las muchedumbres siguen á las Asambleas: á la revolución no le faltaba sino una cosa: una fórmula y un estandarte: la Constitución votada en Francfort es ese estandarte y esa fórmula. Esa Constitución, absurda é imposible como es, está destinada á ser lo que en otro tiempo fué en nuestra España la Constitución de Cádiz, no menos imposible y absurda. Esa Constitución parece hecha de caso pensado para arrastrar á las masas: los demagogos ven en ella el germanismo unitario y demagógico, el ejército sólo ve en ella el germanismo imperial; para los unos es un símbolo de libertad: para los otros el símbolo de su engrandecimiento: para todos el resumen de aquellas ideas vagas, nuevas, grandiosas que exaltan las imaginaciones y que cautivan el corazón, cuando los pueblos están en vísperas de grandes mudanzas y trastornos. Esto explica por qué en la Asam-

blea la derecha vota con la izquierda, y por qué los aristócratas y los republicanos no se asombran al verse juntos: un mismo vértigo los ciega á todos, los empuja á todos, y los envuelve á todos. Los hombres aquí no parecen agentes libres, señores de sí mismos, sino instrumentos de un poder misterioso que ejerce sobre todos una operación magnética. Ahora bien: contra síntomas de esta especie no han podido encontrar remedio todavía los hombres de Estado. A lo menos yo no le encuentro en la historia.

¿Cómo se explica, si no, ese hecho único en los anales humanos, de una Asamblea compuesta de sonámbulos políticos, que decreta cuanto se la ocurre, que no se para ante ningún inconveniente, que no se detiene ante ningún obstáculo, que no abre los labios sino para proclamar un absurdo, que está sola, absolutamente sola, sin un batallón á sus órdenes, y que, sin embargo, tiene en jaque á todos los poderes constituidos, paraliza con su voz á todos los ejércitos, lleva el espanto al corazón de todos los Reyes y conmueve á todas las muchedumbres? Si esa Asamblea no es fuerte, ¿cómo hace todas esas cosas? Y si es fuerte, ¿de dónde le viene la fuerza? La fuerza le viene de lo que los alemanes en su misticismo demagógico llaman la *idea*. La *idea*, que en el mundo moral es lo que la *electricidad* en el físico: una fuerza impalpable, misteriosa, á la que nada se opone y á la que nada resiste. La *idea*, que es aquella gota corrosiva que disuelve instantáneamente el organismo social: la *idea*, que no es otra cosa sino el *mal*, el *mal absoluto*, el mal por excelencia, que para mejor combatir se ha revestido hoy día de una forma única, con la cual va á refir su combate supremo y su última batalla. La democracia, en fin, que es el mal hecho *legión*, el mal encarnado en la muchedumbre.

En eso consiste la fuerza de la Asamblea de Francfort: usted con su penetración alcanzará fácilmente á comprender lo que esa fuerza tiene de inconstable y terrible. La Asamblea podrá desaparecer; pero ¿cómo ha de desaparecer la fuerza de

que dispone, si esa fuerza está á un tiempo mismo en todas partes?

El Gobierno, sin darse á sí propio una cuenta exacta de los peligros de su situación, los conoce, por decirlo así, instintivamente. La prueba de que los conoce, está en que, deseando poner término á la guerra con Dinamarca, guerra que está haciendo contra su voluntad y por cuenta de la revolución, no se atreve, sin embargo, á llamar á su ejército, temeroso de no ser obedecido. Y este temor es fundado: el Germanismo ha cundido en las filas del ejército que pelea en aquellas partes, el cual se considera á sí propio como el ejército de Francfort, más bien que como el ejército de Berlín; y como el ejército de Alemania, más bien que como el ejército de la Prusia.

Todas estas consideraciones me hacen temer, que á pesar de los retoques y perfiles de la ley electoral, el resultado de las elecciones no sea favorable al Gobierno: si á esto se añade, por una parte, que lo más granado del ejército ocupa hoy el gran Ducado de Posen y los Ducados dinamarqueses, y por otra, que acudir á la reserva que aquí se conoce con el nombre de la Landwehr, sería sumamente peligroso, porque sería acudir contra el pueblo al pueblo mismo, V. conocerá fácilmente, que no iba descaminado al afirmar, que sin el auxilio de la Rusia el triunfo de la demagogia no será para mí dudoso.

La intervención de la Rusia hará cambiar el semblante de las cosas: y si esa intervención no hubiera de producir resultados ulteriores, el triunfo de la monarquía estaría de todo punto asegurado: pero la cuestión, traída á este terreno, deja de ser alemana, para convertirse en europea. La intervención descarada de la Rusia es la guerra general, es el incendio prendiendo á la vez en todos los ángulos de la Europea, y tal vez en todos los ángulos del mundo; es el cataclismo universal, el cataclismo más grande que ha venido sobre las gentes, y que han visto las naciones. La Europa saldrá de ese cataclismo como anunció Napoleón, *republicana ó cosaca*, si no sale católica; sali-

da, que se ocultó al genio atrevido del gran capitán y gran profeta.

Como Ud. ve por el contenido de esta carta, ese cataclismo universal va haciéndose inevitable. La alianza entre las tres Potencias del Norte me parece consumada de hecho á estas horas. La resolución de intervenir, en la Rusia, me parece evidente; mis noticias sobre este punto, si bien no del todo seguras, vienen de un origen muy alto. Pero sea de esto lo que quiera, lo que puedo asegurar á Ud. es que, desde el año de 1830 hasta ahora, no ha habido un solo día en que la guerra general sea tan probable como hoy.

A última hora. Cerrada ya mi carta, he vuelto á abrirla para comunicar á Ud. las gravísimas noticias que acaban de recibirse. A consecuencia de la disolución de la segunda Cámara de Prusia, la Asamblea de Francfort se ha declarado CONVENCIÓN NACIONAL. Ha decretado que en lugar de doscientos un individuos que hasta aquí han sido necesarios para deliberar, basten en lo sucesivo ciento; y por último, que en donde quiera que esos ciento se reunieren, allí estará la Alemania. Su Constitución ha sido publicada por el Vicario como ley del Imperio. El conde de Arnim se ha retirado de los negocios; e₁ de Brademburgo desempeña interinamente el ministerio de Negocios extranjeros.

Aquí ve Ud. cómo empiezan á realizarse mis predicciones. La hora de la lucha ha llegado. En cuanto á su resultado, diré á Ud. que, consideradas las cosas alemanas en sí mismas, y realizada ya la alianza de la Prusia y del Austria con la Rusia, no puede ser dudoso. La Democracia será vencida por ahora. Mi convicción es que más tarde estallará más tremenda. Considerando las cosas bajo un punto de vista más general, la guerra europea me parece inevitable. En este caso, el resultado de la lucha es mucho más dudoso y más obscuro: hasta ese punto no puede llegar la previsión humana.